

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 109

Fed. de Schlegel, *Philos. der Gesch.* II, pág. 69-91. Döllinger, pág. 140 y sig. Ludov. Domenichi, *Profezie dei Maomettani.* Firenze 1548.

## § II. LOS CRISTIANOS BAJO LA DOMINACION MAHOMETANA.

## Conquistas de los árabes.

110. Impulsados por el entusiasmo que les comunicaba la nueva religión fueron llevando los árabes sus conquistas hasta el corazón del Imperio griego; acompañábales aquella fuerza que se había agotado ya completamente en el agonizante Imperio, y á la civilización cristiana que en medio de una corrupción espantosa había perdido su vigor, oponían los invasores una nueva cultura, amoldada al gusto de los orientales, que halagaba sus pasiones, y que se les permitía difundir con la punta de la espada. Los griegos, por el contrario, apenas habían hecho esfuerzo alguno para difundir la fe cristiana por las comarcas que confinaban con el SE. del Imperio; habían descuidado la conversión verdadera de los pueblos vecinos, y dejado sin defensa sus marcas, algunas de las cuales no podrían oponer resistencia, y en cambio se hallaban empeñados en interminables disputas religiosas, por efecto de las cuales se dividieron en multitud de sectas, formando un pueblo enervado por el vicio, debilitado por la discordia, y cegado por el orgullo. En la corte del emperador Heraclio se creyó en un principio, que la transformación ocurrida en Arabia podía ser favorable al Imperio, toda vez que contribuiría á debilitar el poderío de los persas, sin paramientos en que de allí surgiría un enemigo más peligroso que el caduco reino vecino. Muy pronto se cambió de opinión, porque ya el 13 de Julio del año 633 derrotaron los árabes á las tropas de Heraclio, apoderándose de Damasco, con cuyo hecho inauguraron su marcha triunfal los ejércitos de Omar, que en diez años consecutivos, de 634 á 644, contaron por batallas las victorias. Ya el año 637 tomaron por capitulación á Jerusalem, donde se erigió la mezquita de Omar en el lugar que ántes ocupaba el templo salomónico; en Agosto del año 638 conquistaron á Antioquia, y muy luego cayeron en su poder los vastos dominios imperiales comprendidos hasta el Taurus. Amru sometió en 640 el Egipto al imperio de la media luna. Alejandría cayó al año siguiente en poder de los invasores, que conquistaron en 642 todas las provincias orientales de Persia, y, por último, en 651 pusieron fin al reino de los sasanidas. Desde el 644 al 656, las tropas de Othman alcanzaron nuevos triunfos en África y en Isauria, conquistaron las islas de Chipre y

Rodas, y redujeron, por último, á tal extremidad el Imperio de los griegos, que bajo Constante, que le gobernó de 669 á 676, amenazaron su misma capital, siendo preciso un supremo esfuerzo para librarla de sus garras. Muavia (661-680) trasladó á Damasco la capital del califato, y entretanto los emperadores de Bizancio se ven precisados á entrar en negociaciones con los soberanos mahometanos, multiplicándose al mismo tiempo el número de los renegados en el merchado Imperio greco-romano.

Bajo Constantino Pogonato vuelve á presentarse delante de Constantinopla la flota sarracena, pero se libra también de caer en su poder mediante el empleo del «fuego griego», inventado por Callinico. Entre los años 677 y 678 se concierta una tregua de 30 años, y las discordias interiores que agitan el reinado de los ommeyas permiten respirar por breve plazo á los griegos. Entretanto, las huestes sarracenas amenazaban invadir la Italia, de tal manera, que en 652 y 669 hicieron infructuosas irrupciones en Sicilia; algunos años despues, en 675, verifican la conquista de Tripoli y Barca en la costa septentrional de Africa. Cartago es suya en 696; en 707 imperaba ya la media luna en toda la floreciente region norte-africana, y en 711 cae tambien en su poder el hermoso reino de España. Imposible es enumerar las pérdidas y describir los sufrimientos que experimentó en tan poco tiempo la cristiandad entera.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 110.

Theophan. *Chronogr.* p. 510, 514 y sig., 525 y sig., 552 y sig., ed. Bonn. Georg. Hamart. *Chron. ed. Petrop.* p. 591 y sig. Constant. Porphyrog. I. c. c. 48, p. 216 y sig. Paul. Diac. V, 13. Lib. pontif. in Adeodato. Baron., n. 630, n. 1 y sig.; n. 631, n. 1 y sig.; 654, n. 8; a. 676 y sig. Hammer, cap. I, p. 85 y sig. Weil. *Gesch. der Chalifen* I. 263 y sig. M. Amari, *Storia dei Musulm. di Sicilia.* Fir. 1854, I, p. 83 y sig., 98 y siguientes. S. Ockley, *Conquest. of Syria, Persia and Egypt by the Saracens.* Lond. 1708 (version alemana de Th. Arnold. Leipzig. 1745, 2 vol.). Mähler-Gams, II, p. 126 y sig., y mi obra Photius, I, p. 213 y sig.

## El patriarcado de Alejandría.

111. Los tres patriarcados de Alejandría, Antioquia y Jerusalem, ántes tan florecientes, apenas eran ya sombra de lo que fueron. Los coptos egipcios, que formaban una comunidad de 5 á 6 millones de almas, en odio á los melchitas, que sólo hacían un total de 300.000 individuos, habían prestado apoyo á los invasores árabes, quienes, en recompensa, les otorgaron grandes ventajas y privilegios; entónces se sobrepusieron á todos los demás partidos, apoderándose de la mayoría de los templos. A consecuencia de estos disturbios estuvo sin proveer



80 años el patriarcado de los citados melchitas, durante los cuales tuvo que ordenar sus Obispos el metropolitano de Tiro. Por fin, el patriarca Cosmas, del rito católico, nombrado bajo el reinado del califa Hisham (724-743), logró recuperar algunas de las iglesias que habían sido arrebatadas á sus predecesores, hasta en Alejandria, donde no se había dejado á los católicos más templo que el de S. Sabas. Cosmas pidió á las autoridades sarracenas la iglesia de S. Mennas en la Mareotis, que se hallaba en poder de Jail († 766), patriarca jacobita, pero aquéllas fallaron, como de ordinario, el litigio en favor de los sectarios.

Bajo la dinastía de los abbasidas, á contar desde el año 750, empeoró aún más la situación de los cristianos, que fueron atormentados con nuevas opresiones; y en el siguiente siglo se publicaron contra ellos durísimas leyes, imponiéndoles la obligación de usar un traje especial, y de llevar ciertos signos distintivos. Con esto fué disminuyendo el número de las sedes episcopales católicas, creció más y más la ignorancia de los eclesiásticos que, careciendo de todo medio de instrucción, llegaron al extremo de perder casi por completo el conocimiento del griego, que era la lengua eclesiástica; así vemos que el mismo patriarca melchita Saïd Ibn Batrik, por otro nombre Eutiquio († 940), se sirvió del idioma árabe en sus Anales, que tantos errores contienen. Las excepciones que se hicieron con algunos cristianos á quienes se otorgaron favores y empleos, como á Boccam, nombrado prefecto de Bura bajo Al-Mamun, desde el año 813, no influyeron de una manera esencial en su situación de oprimidos; pero entre todas las diócesis cristianas ninguna sufrió y decayó tanto como el patriarcado de Alejandria. Visitaban con frecuencia su puerto buques de negociantes venecianos, los cuales, en una ocasión, recogieron las reliquias de San Marcos, llevándoselas á su ciudad, que desde entonces tiene la fortuna de celebrarle como poderoso interesor y patrón.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO III.

Eus. Renaudot, *Hist. Patriarch. Alex. Jacob. Par.* 1713. *Eutychie Annal. II.* p. 287 y sig., 357, 384 y sig., 411, 431 y sig. Taki-eddini Makrizi (*legista natural de Cairo*, c. 141). *Hist. Coptor. christ. in Aegypto arab. et lat.* ed. Wetzser. Solisb. 1828. *Baron.* a. 820. 1004.

El patriarcado de Jerusalem.

112. Algo mejor era la situación de Jerusalem. La ciudad Santa se había rendido á los ejércitos sarracenos mediante una capitulación en la que se garantizaba la vida y la propiedad de los cristianos, con in-

clusión de sus iglesias; pero se les obligó á permitir la entrada en éstas á los mahometanos, lo mismo que á los peregrinos extranjeros, prohibiéndoseles erigir cruces, tocar las campanas y levantar nuevos templos. En aquel tiempo se hacían ya frecuentes peregrinaciones de los reinos de Occidente en buques venecianos. Carlomagno, á quien el califa Harun Ar-Rashid envió las llaves del Santo Sepulcro, mandó edificar en Jerusalem una hospedería para los peregrinos franceses, con una iglesia consagrada á Nuestra Señora, y una biblioteca, destinando además otras cantidades para la restauración de los templos de la ciudad Santa. El año 809 se hicieron notar el patriarca Tomás y el egipcio Boccam por el acierto con que llevaron á cabo la restauración de la cúpula del templo consagrado á la Resurrección; pero en los años 936 y 969 surgieron nuevas persecuciones promovidas por el fanatismo de los mahometanos. No obstante, aún quedaban en pie en la Tierra Santa varios conventos, entre los que merecen particular atención la gran Laura de San Sabas, y la de San Jariton, el convento de San Eutimio y el de San Teodosio, con todos los cuales, lo mismo que con el patriarca Tomás, mantuvo relaciones por medio de cartas, Teodoro de Constantinopla († 826), quien envió allí además á su discípulo Dionisio. Pero entretanto, las autoridades árabes oprimían de mil maneras, con rigor á veces excesivo, á los cristianos de la Palestina.

El patriarcado de Antioquia.

113. Mucho peor estaban las cosas en Antioquia. Esta ciudad, que en tiempo de San Crisóstomo contaba cien mil cristianos, reedificada después del gran terremoto que la destruyó en 526 bajo el reinado de Justiniano, con el nombre de Theópolis ó ciudad de Dios, aparece sumida en la más espantosa decadencia después de la conquista sarracena, cuyo malestar aumentaron, en el terreno religioso, sus patriarcas de la secta monotelita, que residían en Constantinopla. Después de Jorge II, que hubo de firmar las decisiones del Concilio in Trullo, estuvo vacante cuarenta años la sede patriarcal melchita, y en épocas posteriores vacó periodos aún más largos, por más que el califa Yezid III (744) hubo de otorgar á los antioqueños libertad para elegir patriarca.

El año 750 fué derribada con Merwan II la dinastía de los ommeyas, apoderándose del califato los abbasidas, quienes crearon el cargo de visir y trasladaron de Damasco á Bagdad la capital del Imperio, contribuyendo no poco al desarrollo de aquel movimiento literario, que es aún hoy objeto de admiración y estudio. La circunstancia de alejarse de Antioquia y de Bizancio la capital del califato, parece que debía favorecer



la tranquilidad del patriarcado y de todo el Imperio griego; y, sin embargo, éste hubiera obtenido escasa ventaja á no mediar intestinas divisiones entre los árabes y la poblacion de Antioquia; con su patriarcado melchita quedó más expuesta que antes al capricho y á la crueldad de sus gobernadores. El año 757 fué desterrado el patriarca Teodoro por el califa Selim, por sospechársele autor de una correspondencia peligrosa con la corte bizantina; mas luégo fué devuelto á su Silla, y tuvo á su vez que castigar al obispo Cosmas de Epifanía, cerca de Apamea de Siria, por haber sustraído vasos sagrados y abrazado la perniciosa doctrina de los iconoclastas (764). La mayoría de los patriarcas, como Estéban IV, que gobernó su iglesia bajo Constantino Coprónimo, son tachados de ignorancia, y este era un inconveniente harto grave en aquellos tiempos. Más favorable era la posicion del patriarca jacobita, que mantenía muy estrecha relacion con sus colegas de Alejandria, siquiera tuviese que sostener frecuentes disputas con el primado Mafrian, por cuya razon se convocó un Sínodo el año 869, que regularizó la situacion de ambos. Los patriarcas melchitas eran, con frecuencia, destituidos sin motivo alguno por los gobernadores árabes.

El año 969, ocupando el trono de Constantinopla Nicéforo Focas, fué reconquistada Antioquia por los griegos; entónces fué enviado á la capital el patriarca jacobita Juan con varios Obispos más, y allí hizo el patriarca Polieucto inútiles esfuerzos para volverle al camino de la verdad. Habiendo asesinado los sarracenos al patriarca melchita Cristóbal, nombró el primado de Constantinopla á Teodoro jefe de los melchitas antioquenos. A pesar del triunfo alcanzado por los griegos nada pudo hacerse entónces en favor de Jerusalem, ántes muy al contrario, subió de punto el furor de los árabes, quienes quemaron el mismo año de 969 á su patriarca Juan, so pretexto de haber excitado á la guerra al emperador de los griegos, y de haberle prestado apoyo, siendo además entregada á las llamas la iglesia del Santo Sepulcro.

Los triunfos alcanzados el año 974 por el emperador Juan Zimiscec ensancharon de nuevo los dominios griegos en Siria, pero á la vez fueron causa de mayores atropellos y crueldades, cometidas contra los cristianos en todos los países dominados por los árabes. Todo el que abrazaba el mahometismo entraba en el goce de los privilegios y derechos de los invasores; el que, por el contrario, se negaba á apostatar de la fe, era objeto de menosprecio, de toda clase de arbitrariedades y opresiones sin cuento: mirábase á los cristianos como á enemigos del país, no obstante que, agobiados por los sufrimientos y la angustia, se absténian de todo acto de hostilidad contra los poderes constituidos. Veíanse precisados á pagar la capitacion ó tributo de los infieles, y á ceder parte de

sus templos para ser convertidos en mezquitas, no permitiéndoseles siquiera tener los sacerdotes indispensables para el culto. Los mismos Obispos y aun los patriarcas de Constantinopla dirigian exhortaciones á los cristianos que vivían bajo el yugo mahometano, aconsejándoles la más estricta obediencia á las autoridades musulmicas en todo aquello que no se opusiera á la fe y al amor de Dios.

#### OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 112 Y 113.

Bernard. Itinerar. (Migne, PP. lat. t. 121 p. 560 y sig.) Phot. Amphil. q. 107 ed. Athen. p. 181 y sig. (acerca de los Santos Lugares, segun el testimonio de los peregrinos). Hist. pol. Bl. 1853, tom. 32, p. 204 y sig. Le Quien, Or. chr. II. p. 744, 1374, 1541 y sig. Dollinger, I, II. p. 327. Mi escrito Photius II, p. 49 y sig. 54 y sig. 600 y sig.; III. 717-719. Acerca de las trasformaciones ocurridas desde 750 Theophan. p. 654-656, 663. Amari, I. c. p. 140 y sig. Weil, Chalten 1, p. 696-702; II. 1 y sig. Leo Diae. Hist. L. IV. 10 L. V. 1 y sig. L. X. c. 1 y sig. Baron. a. 969 y sig. Asseman. Bibl. Or. II. p. 133 y sig. 351.

#### Los países del Norte de Africa y España.

114. En todos los países donde imperaba el islamismo decreta de una manera espantosa el número de obispos y de Iglesias, hecho que ocurre muy particularmente en el Norte de Africa, siquiera no podamos precisar los datos por carecer de noticias autorizadas. El año 1053 se lamentaba el pontífice Leon IX, en la defensa que hizo de los derechos primaciales del obispo de Cartago contra las pretensiones del de Gummita, de que cuando ántes se reunían Sínodos de 205 obispos africanos, á la sazón costaba trabajo llegar á reunir cinco.

No era menor la desolacion de la Iglesia en España, por más que en esta nacion no llegase á desaparecer por completo de todas sus provincias la religion cristiana. Desde la exaltacion de Witiza, hijo de Egica, en 701, habia cundido una gran decadencia en el reino visigodo. Aunque en un principio gobernó este Príncipe con suavidad y conforme á justicia, muy luégo se entregó al despotismo, y emprendió una vida tan desarreglada, que llegó á permitir á los grandes del reino la poligamia, y arrastró á una parte del clero por la pendiente de su vida licenciosa; así, el arzobispo de Toledo Sinderedo, indigno sucesor del noble y animoso Gonderico, se declaró perseguidor de los sacerdotes que permanecian fieles á sus deberes. Witiza empeoró su situacion prohibiéndoles la apelacion á Roma; luégo declaró abolidas las leyes del Romano Pontífice, y permitió el concubinato á los sacerdotes. Ultimamente, coronó estas disposiciones destituyendo por sí y ante sí al arzobispo de Toledo



para novrar en su lugar á su propio hermano Oppas, que era arzobispo de Sevilla. La moralidad y las costumbres habian llegado entretanto á una depravacion increíble. Witiza, que habia hecho sacar los ojos al hijo del rey Recesvinto, sufrió el año 710 la misma operacion por orden de Rodrigo, que vengó así la injuria hecha á su padre, y se apoderó de la corona. Con este motivo se encendió la guerra civil, durante la cual uno de los partidos contendientes llamó en su auxilio á los sarracenos de Africa. Acudieron éstos efectivamente al mando de Muza, gobernador de la Mauritania, y en una sola batalla formal, ganada por los moros cerca de Jerez de la Frontera, en Junio del año 711, derrumbaron el reino visigodo. El domingo de Ramos del año siguiente cayó en su poder Toledo, á la sazón capital de la monarquía.

Con asombrosa rapidez conquistaron los sarracenos la mayor parte de España, quedando únicamente las provincias de Astúrias, Galicia y Vizcaya en poder de los cristianos que, bajo la direccion de sus animosos caudillos Pedro y Pelayo, se refugiaron en sus inaccesibles montañas. De esta manera quedó la Peninsula dividida en dos porciones desiguales: la meridional, que pasó á formar parte del Imperio mahometano, y la más pequeña del Norte, que conservaron los cristianos, quienes, desde aquellas comarcas, conducidos por valerosos príncipes, entre los que descuellan, despues de Pelayo, Alfonso I, Bermúdez y Alfonso II, de 791 á 841, resistieron con increíble esfuerzo y sin igual constancia el empuje de las numerosísimas huestes mahometanas. Sin detenerse siquiera á organizar las regiones conquistadas, siguieron éstas su marcha en direccion al Norte, con ánimo de pasar los Pirineos, mas fueron rechazados por Eudes, duque de Aquitania; y aunque éste se unió luego al enemigo de la cristiandad, que logró penetrar en Francia con un poderoso ejército, la brillante victoria alcanzada por Carlos Martell sobre los árabes, cerca de Poitiers, en Octubre del año 732, libró del yugo sarraceno á los pueblos cristianos de Occidente, y un segundo triunfo obtenido sobre ellos en Narbona, el 738, les debilitó en términos que no volvieron á intentar el paso de los Pirineos.

115. La provincia española se declaró pocos años despues de la conquista reino independiente, siendo su primer soberano Abderrahman I, príncipe ommeya, que habiendo huido á España para librarse de la persecucion que sufría su raza, se sobrepuso al gobernador Yussif, y se apoderó de Córdoba, proclamándose califa de España el año 756. Alcanzó luego nuevos triunfos sobre los hijos de Yussif y sobre el ejército de los abbasidas, pero fué á su vez derrotado por Carlomagno, el 778, quien logró reconquistar la comarca situada entre los Pirineos y el Ebro. Sin embargo, algunos años despues volvió á caer en manos de Abderrah-

man, cuyo hijo Hishem, que reinó desde 787, y nieto Hakem I, que sube al trono en 796, consolidan el trono fundado por su padre y abuelo. En todas las grandes poblaciones del califato español se levantan soberbias construcciones y preciosos modelos de arquitectura arábiga, y en Córdoba principalmente se cultivan las artes y las ciencias, que alcanzan notable brillo bajo los reinados de Abderrahman II, de 822 á 852, y bajo Mohammed I, de 852 á 886. Es verdad que los cristianos sometidos al yugo musulmico en el nuevo califato, que reciben luego el nombre de muzárabes, tenian que pagar abrumadores impuestos, pero gozaban, en cambio, de mayor libertad que en otros puntos, tenian jueces propios para la administracion de justicia, podian desempeñar empleos públicos, y en la misma capital, Córdoba, estaban autorizados para tocar las campanas de sus templos. Gracias á esta situacion, relativamente favorable, sostenianse en la España árabe veintinueve obispados con tres metropolitanos.

No faltaban tampoco leyes opresoras. Algunos delitos, como la seducción de una mujer mahometana, se castigaban con la obligacion de abrazar el islamismo; los que inducian á otros á renegar del mahometismo, sufrían la pena de muerte, y los sacerdotes fueron con harta frecuencia objeto de persecuciones y martirios. El celo de algunos cristianos que no ocultaron su aversion á la religion de los dominadores, dando á Mahoma el calificativo de falso profeta, suscitó una furiosa persecucion que, con ligeras interrupciones, duró desde 850 á 960. Pero los martirios produjeron un efecto contraproducente, porque muchos, achacando á cobardia el mismo silencio, prorumpian espontáneamente en denuestos y exclamaciones contra la religion de los opresores, y hubo algunos que se sintieron arrastrados por un impulso, al parecer fanático, hacia el martirio. Era frecuente ver que los hijos de matrimonios mixtos daban la preferencia á la religion cristiana, de suerte que no tan sólo sacerdotes y seglares adultos, sino tambien tiernas doncellas y niños, buscaban con ansia la palma del martirio. En 852 se llegó á dictar una orden permitiendo quitar la vida, sin ninguna formalidad, á todo el que hiciese alguna manifestacion pública contra el Profeta y su doctrina. Para contener esta explosion de entusiasmo, los Obispos, reunidos en Córdoba, prohibieron á los fieles hacer esas manifestaciones espontáneas, sin ser requeridos judicialmente á hacer pública profesion de su fe. A fin de que los cristianos no pudiesen venerar las reliquias de los mártires, mandó Abderrahman II que se quemasen sus cadáveres. Aun arreció más la persecucion bajo Muhamed I, quien ordenó que fuesen demolidas todas las iglesias edificadas despues de la conquista sarracena. El mismo San Eulogio de Córdoba, electo arzobispo



de Toledo, que escribió como testigo ocular la historia de la persecución, defendió á los mártires y exhortó á muchos, verbalmente y por escrito, á perseverar en la fe, recibió la corona del martirio el año 859. Si bien cedió luego la persecución, nunca cesó por completo en los dominios mahometanos, y por lo que hace á los cristianos españoles, más que temor y cobardía, hay que achacarles exceso de entusiasmo para buscar la palma de los mártires.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 114 Y 115.

Leo IX, ep. ad Thom. Mansi, XIX, 657. Jaffé, n. 3267, p. 377. Isidor. (obispo de Beja, 750). *Chronic.* ed. Du Chesne, Hist. Franc. Script. I. Par. 1836. Ibn Abd el Hakem's History of the Conquest of Spain. New edited by J. H. Jones. Goett. 1858. R. Doucy, Hist. des Musulm. d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides (711-1110). Leyde 1861 y sig. voll. 1-4. Eulog. Cord. Memorial Sanctorum libri III, ap. Schott, Hisp. illustr. t. IV. Apologet. pro SS. Martyr. Exhortatio ad martyr, ep. (Migne, PP. lat. t. 115). Samson Cordub. mon. Apolog. I. II, p. 385. España Sagrada, t. XI. Paul. Alvar. (amigo de San Bulo-gio). Indici. luminos. Dollinger, I. 341 y sig. Stolberg-Kerz, Th. 28, S. 380 y sig. Asehbach, Gesch. der Ommajaden in Spanien. Pfrf. 1829. 2 Bde. Lemke, Gesch. v. Span., fortges. v. Schäfer. Hamb. 1831 y sig. I. II. Graf Baudissin, Eulogius und Alvarus. Leipzig 1872. *Aem. Hubner.* Inscript. hispan. christ. Berol 1871.

116. Las islas del Mediterráneo, lo mismo que las costas de Italia, tuvieron que sufrir no pocas molestias de los mahometanos. Por último, lograron éstos asentar su dominación en Sicilia, apoderándose de Palermo el año 831, si bien tuvieron que sostener allí lucha constante con los griegos. En 878 tomaron la ciudad de Siracusa, llevándose prisionero al arzobispo Sofronio, y en 902 cayó en su poder Taormina, cuyo obispo Precopecio padeció el martirio con otros muchos sacerdotes. En el siglo IX se habían hecho ya dueños de varias ciudades de la baja Italia, y sus ejércitos dieron casi vista á las murallas de Roma. Desgraciadamente, en muchos puntos no se les hizo sino muy débil resistencia. Desde la toma de Creta y de las Cícladas en 823, quedó el Imperio de Oriente rodeado por un estrecho círculo de hordas mahometanas que únicamente le dejaron francas las fronteras del Norte. Rica como ninguna en peripecias y cambios de fortuna esta gigantesca lucha, á veces interrumpida por treguas, convenios y alianzas, apenas dejó momento de reposo á los cristianos, lo mismo de Oriente que de Occidente. Fué un tremendo azote que alcanzó principalmente al caduco Imperio griego, cuyos soberanos cometieron, aún en tan críticas circunstancias, la torpeza de suscitar luchas religiosas en el interior del Imperio.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 116.

Elmacin, y otros citados por Murat., Ann. d'Italia a. 647, 648. Chron. Sicul. Murat. Ser. II, I, 245; ep. Theodos. mon. ib. p. 257. Martyr. S. Precopecii ib. p. 269. Acta SS. I. Jan. p. 1008. Amari, I. c. p. 269 y sig. Mi escrito: Photius, I, p. 286; II, 310 y sig.; III, 664.

II. Las herejías en Oriente.

§ I. LOS PAULICIANOS. SU ORIGEN Y SUS VICISITUDES.

117. En Oriente formaron los paulicianos una nueva secta derivada del maniqueísmo, que continuaba haciendo por este tiempo su propaganda secreta. Deben su nombre, según informes de procedencia griega, á los hermanos Pablo y Juan, hijos de cierta maniquea llamada Callinice, pero según escritores más modernos les viene de su particular predilección por el Apóstol San Pablo, á quien, lo mismo que los antiguos marcionitas, honraban más que á los otros apóstoles, tomando por eso de sus cartas los nombres de sus prepositos y de sus comunidades. Algo despues del año 656, cierto sirio llamado Constantino, que entonces cambió este nombre por el de Silvano, procedente según parece, de alguna comunidad gnóstico-dualista, ó tal vez marcionita del pueblo de Mananalis, próximo á Samosata, empezó á predicar la nueva doctrina en Kibossa, población del distrito armenio de Colonia, haciéndose pasar por verdadero discípulo de San Pablo, con lo cual se vió pronto rodeado de numerosos discípulos. Ejerció esta propaganda durante 27 años, al cabo de los cuales el emperador Constantino Pogonato envió en su persecución al funcionario Simeon, quien, gracias á la traición de su propio ahijado Justo, logró prenderle, condenándole á muerte, con otros muchos de sus secuaces, el año 684.

Pero tres años más tarde huyó de Bizancio este mismo Simeon, se declaró pauliciano, y, reuniendo en Kibossa los esparcidos restos de la secta, fué proclamado su maestro y preposito bajo el nombre de Tito. Cierta discusión que se suscitó entre ellos, fué motivo de que se enterase de la restauración de la comunidad el emperador Justiniano II, quien, en 690, condenó á morir en la hoguera á los pertinaces sectarios, suerte que alcanzó, con otros muchos, al propagandista Simeon. Esto no obstante, nombráronse nuevos prepositos del paulicianismo, citándose en primer término al armenio Pablo, muerto hácia el 715, quien estableció su residencia en Episparis, pueblo de la comarca armenia de Fanarua. Pero muy luego volvieron á surgir disensiones en el seno de la